

Los pendientes de Lucía.

Era su primer día en el Centro Sociosanitario.

Al final del grupo había que dibujar una cara, con una emoción. Ella quería dibujar la tristeza, pero ni siquiera podía. Su compañera le cogió el folio. La dibujó triste. Tanto como ella estaba. Pero le dijo: “te voy a dibujar unos pendientes. Puedes estar triste y estar guapa”. Ella sonrió al verse.

Cuando la ví entrar por la puerta, junto a sus compañeras, no sabía si era chica o chico... si tenía 18, 23 o 35 años... si estaba dentro de ese cuerpo, o dentro de qué mundo... Ví alguien con la piel muy morena, con el pelo muy negro. Su compañera, Eugenia, me dijo su nombre, Lucía, y su edad, 19 años. Ella con voz inerte, repitió su nombre, Lucía.

Su mirada se quedaba fija en cualquier sujeto u objeto que se le pasara por delante. Cuando yo la veía mirar, no conseguía escuchar más que vacío.

Y solo repetía en bucle, que estaba muy deprimida. Pero no podía decir porqué.

Entonces vio una guitarra y fue a por ella. Quería tocar la guitarra.

La música fue moldeando su cuerpo, su gesto y su voz.

La música y el grupo iban convirtiendo, poco a poco, lo uniforme y lo plano, en un relieve con tímidas prominencias y hendiduras.

Cuando escuchó al grupo cantar su nombre en la bienvenida, nos miró y nos vio.

Cuando escuchó a sus compañeras improvisar, dentro de un reguetón, qué era lo que les hacía sentir tranquilas, las miró y las vio.

Entonces añadió algo más a la frase circular inicial, y contó algo más sobre su depresión;

deprimida “porque nadie de mi familia me quiere ni quiere saber nada de mí”.

Y Eugenia contó al grupo que la conocía, y habló de las tardes de playa en un centro de menores que compartieron... y se reconocieron.

La música despertó al cuerpo; dentro del cuerpo despertó el cerebro. El cerebro despertó el lenguaje y la emoción, y el lenguaje y la emoción despertaron al grupo.

El grupo cantó, bailó, escuchó, y recogió. El grupo cuidó. Y Lucía expresó dos deseos: fumar, y volver al miércoles que viene.

Al día siguiente, cuando hablamos sobre la sesión, la psicóloga y yo, me dijo que ella esperaba a Álvaro, y la que llegó fue Lucía.

En el grupo recibieron a Lucía. Y además, le regalaron unos pendientes y una canción.

Elvira Martín.

Musicoterapeuta en el Centro Sociosanitario de Plasencia.

27 de junio del 2020. *Relatos de cuarentena.*

